

no tenia cómplices; pero Catarina se imaginó que era el sucesor de Rosières para con el duque de Guisa, y á instigacion suya mandó Enrique III que Desgrains fuese puesto á cuestion de tormento, para obtener confesiones completas.

Ejecutóse la orden en presencia del canceller Chiverny, y tuvo á la vez algo de horrible y de sublime el aspecto de aquel anciano que cantaba las alabanzas de Dios, mientras le despedazaban los huesos. Se queria que nombrara á sus cómplices, y él no interrumpia su canto y su rezo sino para decir que habia obedecido solamente á su inspiracion, á su desprecio á la protistucion de una corte envilecida, y á la necesidad irresistible de proclamar la verdad.

Habiasele aplicado el suplicio de los borceguies de fierro, y como se le habian pulverizado los huesos, al extremo de salir la médula por entre las carnes abiertas, se dieron prisa á pronunciar el fallo, por temor de no tener mas que un cadáver que juzgar, y se le condenó á ser ahorcado en la plaza de Grève.

Al conducirlo al suplicio, se pensó en darle un confesor, aunque no fuera sino para obtener á última hora alguna revelacion. Grande fué entónces la cuita, por estar gravemente enfermo hacia dias el capellan de la Bastilla, é incapaz de levantarse de la cama. Se quiso llamar á un sacerdote de una de las iglesias mas cercanas; pero á mas de que no se podia contar con el clero, que en lo general pertenecia á la liga, urgia el tiempo demasiado.

En aquel punto se acordó el gobernador Lorenzo Testu del pobre abate Poncet, que llevaba tanto tiempo de padecer en los calabozos de la Bastilla, lo hizo conducir á su presencia, y le propuso reemplazar al capellan ausente, aceptando todas las consecuencias del encargo y desempeñando todos sus deberes, inclusa la revelacion de la confesion del paciente. Poncet afectó al principio resistirse; pero mas de un año pasado en un calabozo semejante al en que Bussy no habia hecho mas que entrar y salir, habia matado completamente su energia. Acabó, pues, por aceptar, y se le llevó al lado de Desgrains.

Este, que habia conservado todas sus facultades intelectuales, lo recibió sin cólera y lo escuchó con paciencia, si bien declaró que mientras le quedara un soplo de vida, confesaria su fé y gritaria anatema contra el rey y la corte.

Estas palabras hicieron palpar el corazon de Poncet, aletargado con los sufrimientos: él tambien habia gritado anatema contra los autores de tantas iniquidades.

—Hermano,—dijo á Desgrains,—sutilezas miserables nos separan, pero adóramos al mismo Dios: recibid mi bendicion: dadme la vuestra, y permitid que no me separe de vos, ya que nos lo permiten nuestros comunes perseguidores. Vuestro valor ha despertado el mio, y tal vez el contacto y el ejemplo me harán capaz de imitaros en todo.

—Así sea,—respondió el anciano debilitado y moribundo:—nos abrazaremos en el instante supremo, pidiendo á Dios que sea esa la señal de una reconciliacion completa entre todos los hijos de una misma madre.

Una hora despues colgaba de la horca el cuerpo de Pedro Desgrains, y el

abate Poncet, despues de abrazar el cadáver, caía desmayado al pié del cadalso. Transportósele al punto á las casas consistoriales, donde se le medicinó; pero cuando abrió los ojos, miró con aire estraviado cuanto lo rodeaba; á poco aparecieron los síntomas del mas espantoso delirio, y espiró el siguiente dia, sin haber recordado en el intervalo la razon.

VI.

Bussy Leclerc.—Jornada de las barricadas.—La Bastilla en poder de los ligados.—El parlamento en la Bastilla.—La Bastilla se rinde á Enrique IV.

La audacia de los ligados iba en aumento: despues de la muerte del hermano del rey, en 1584, cada uno de los diez y seis cuarteles de Paris eligió un gefe, y los escogidos formaron el consejo de los *Diez y seis*, dependiente del superior de la liga, y que mas tarde debia apoderarse completamente del poder y gobernar la capital.

Uno de los mas ecsaltados y fogosos de aquellos gefes de cuartel era Bussy-Leclerc, hombre de rara intrepidez, y de una avidez sin ejemplo, que despues de haber ejercido durante muchos años la profesion de maestro de esgrima, se habia hecho procurador en Paris; pero habia cometido en su oficio tantas esacciones, esquilmando tan desapiadadamente á los litigantes, que el primer presidente de Harlay, persuadido de la inutilidad de sus incesantes amonestaciones, se habia visto obligado á destituirlo, y á prohibirle la entrada á los tribunales. Leclerc habia jurado vengarse y penetrar en palacio á despecho del presidente. Tal era el sugeto á quien el duque de Guisa habia dado, despues de la jornada de las barricadas y de la huida de Enrique III [12 de mayo de 1588], el gobierno de la Bastilla, que el cobarde Lorenzo Testu se habia allanado á entregarle de buenas á primeras.

Todo estaba concluido: el de Guisa era dueño de Paris, y hasta habia conseguido la continuacion de los trabajos parlamentarios, en términos de que el presidente de Harlay, no obstante su adhesion al rey, habia consentido en volver al ejercicio de sus funciones. Perreuse, preboste de Paris, era el único que defendia aún la causa del rey, sin prestar obediencia al duque, quien resol-

vió reducirlo á prision; mas como se necesitaba de un hombre enérgico para ese golpe de mano, por ser inviolable la persona del preboste en razon de sus privilegios, y por reputarse crimen de lesa magestad el ponerle la mano encima, á Bussy-Leclerc fué á quien el duque confió la empresa.

—No necesito recordarte,—le dijo,—que en la situacion en que te vas á encontrar, la menor vacilacion seria una falta capital, y tal vez una sentencia de muerte.

—Contad conmigo, monseñor; no solo me encargo de aprehenderlo, sino de vigilarlo tambien. Tengo donde alojarlo ampliamente, por estar vacias las prisiones de la Bastilla. Pero como es bueno hacer las cosas con regularidad, entiendo que no estaria por demas que me diérais la destitucion del preboste firmada de vuestre mano.

—No hay inconveniente: escribela, y te la firmaré.

Hecho así sin demora, pasó Leclerc al frente de cien soldados de la liga, escogidos por él entre los mas determinados, á las casas consistoriales, donde se presentó á Perreuse, tomado que hubo la precaucion de poner tropa en todas las salidas.

—Opina el señor duque de Guisa,—dijo al preboste,—que estais aquí mal alojado, y me ha encargado que os proporcione otra habitacion.

—Yo no reconozco mas autoridad que la del rey,—contestó valerosamente Perreuse,—y vos sois un rebelde á quien tengo derecho de atar y prender incontinenti.

—No conviene que troquemos los papeles. Vos no sois ya preboste de Paris, y yo soy gobernador de la Bastilla, de lo cual debeis estar contento, en razon de que á esa fortaleza es á la que debo llevaros, y en la que os trataré por supuesto como mereceis.

—Cómo!—esclamó el preboste,—os atreveríais á cometer ese atentado? ¿No habrá quien me ausilie entre los que me rodean?

En aquel momento corrieron y rodearon á Perreuse algunos regidores y notables, que estaban reunidos en una sala contigua; pero Bussy-Leclerc habia sacado ya de la bolsa la cédula de destitucion, que leyó en voz alta, y enseñó la firma del duque, despues de lo cual acercándose á la puerta por la que habia entrado, y que habia dejado abierta, gritó:

—Soldados de la Santa Liga, á mí!

Diez ligados que estaban en la antesala entraron calando sus armas. Bussy-Leclerc, para darles ejemplo, se apoderó personalmente del preboste, á quien no trató de defender ninguno de los que lo cercaban, cuyo zelo habian resfriado considerablemente la lectura de Leclerc y la aparicion de los soldados.

Una hora despues estaba Perruse instalado en la Bastilla, donde Leclerc, poco satisfecho de no tener mas que un prisionero, le escigió un cuantioso rescate miéntras le caian otros pensionistas, lo que no podia tardar en suceder, porque siendo prepotente el consejo de los Diez y seis y Leclerc el miembro mas in-

fluente de este consejo, era de hecho dueño absoluto de Paris. Y Dios sabe si el gobernador lo entendia para hacer fructífero ese poder. Desgraciado del que sin ser de la Liga tenia fama de atesorar! Bussy-Leclerc, animado de un santo celo, no dejaba de hacer en su casa minuciosas y productivas pesquisas en honra y provecho de la religion, llevándose en seguida al avariento á la Bastilla, donde pagaba pension, y de donde no salia sino comprando su libertad á peso de oro.

Ayudaba á Leclerc eficazmente, en esta lícita especulacion, su muger, que habia formado la tarifa de los alojamientos y que corria con las comidas de los que no se contentaban con pan negro y agua, hablando de calabozo á los recalcitrantes con el mayor salero del mundo.

Aquel modelo de buenos casados prosperaba en grande, cuando se supo la muerte del duque de Guisa y del cardenal de Lorena, asesinados en Blois. Apodérase un terror pánico de los ligados: acobárdase el consejo de los Diez y seis y varios de sus miembros proponen someterse al rey, pidiendo garantías; pero tomando la palabra Bussy-Leclerc, declara que quemará á Paris y hará saltar la Bastilla ántes que rendirse. Desde aquel momento se hace gefe de la insurreccion, y desplegó tal actividad, toma medidas tan prudentes, y adopta un sistema de defensa tan bien combinado, que logra tranquilizar á los mas tímidos hasta la llegada á Paris del duque de Guena que estaba en Borgoña, el cual se hace nombrar lugar-teniente general del reino, y conserva el consejo de los Diez y seis, que retiene así toda su autoridad.

El honrado gobernador estaba demasiado contento con su empleo, para que el temor de perderlo no reanimara su energía, y diera mas amplio desarrollo á sus inclinaciones: así es que continuó saqueando y esquilmando sin compasion á los disidentes bien provistos de bienes de fortuna; y en virtud de que comer y rascar todo es empezar, comenzó á parecerle poco hacer prision por prision, y se propuso operar en grande.

Las relaciones que habia conservado en el palacio de Justicia no obstante su destitucion, le sirven para saber un dia que el parlamento ha recibido letras patentes del rey, encaminadas al restablecimiento de la autoridad real, y que la corporacion está reunida para deliberar acerca de la proposicion relativa al registro y publicacion del documento. Leclerc corre al consejo de los Diez y seis, anuncia el descubrimiento que acaba de hacer, y agrega:

—La insurreccion del Parlamento es inequívoca, puesto que continúa insertando en sus decretos el nombre del rey, cuyo destronamiento se ha declarado. No hay duda de que ningun provecho puede sacarse de la orden de que he hablado, pues para eso seria menester adquirir noticias del lugar en que se ha escondido, como se habrá verificado ya seguramente. No tenemos empero necesidad de ello para proceder: yo me ofrezco á ir en el acto á la sala grande en que están los magistrados, para intimarles que no sigan administrando justicia en nombre del rey.

—Y si se oponen?—preguntó el duque de Aumale, que presidia el consejo.

—Si se oponen, será indudable su delito de rebelion, y los llevaré á la Bastilla, que les abrirá sus puertas. Preciso es obrar con actividad y energia, ya que nos las habemos con gentes que sacan las uñas, en cuanto dejan de temblar.

Puesta á votacion, fué aprobada la proposicion por unanimidad. Bussy-Leclerc se asocia á tres de sus colegas, Machaut, Baston y Miguel de Marillac, y seguido de suficiente número de soldados, pasa á palacio, lo manda cercar, y se dirige á la sala grande, cuya puerta abre con violencia, y en la que él y sus colegas entran espada en mano.

Al verlos, se levanta la mayor parte de los magistrados; pero el presidente de Harlay permanece tranquilo en su asiento.

—Ugieres!—dice con voz firme, designando con el dedo á Leclerc, á quien bien habia conocido,—echad á ese hombre, que se atreve á manchar con su presencia este recinto, del que lo he espulsado vergonzosamente á causa de sus maldades.

Los ugieres, que oian el ruido de las armas por fuera, no se atrevieron á obedecer, y Bussy-Leclerc contestó:

—No se trata ahora, señor primer presidente, de nuestras rancias disputas: con espulsarme dos veces saldria sobrando mas de la mitad, si bien espero que no será así, pues he tomado mis precauciones. No os acaloreis inútilmente, y dignaos oir el memorial que vengo á presentar á la corte en nombre del consejo de los Diez y seis.

—No reconocemos esa autoridad,—replicó el primer presidente;—ni se dará cuenta á estos señores de ningun memorial procedente de ella. Os intimo que salgais del santuario de la justicia, que estais manchando.

—Si no accedeis á lo pedido en el memorial, no será por no haberlo oido, pues voy á leerlo.

—Es que no os doy la palabra.

—No la he pedido, señor presidente: en circunstancias extraordinarias son escusadas formalidades pueriles. El memorial está concebido en estos términos:

“Dígnese la corte unirse al preboste de Mercaderes, á los regidores y buenos vecinos de Paris, para la defensa de la religion y de la ciudad, así como para declarar, con arreglo al decreto de la Sorbona, que están los franceses absueltos del juramento de fidelidad y obediencia al rey, cuyo nombre no se seguirá poniendo en los decretos.”

—Y ahora os suplico que delibereis sin demora, porque el consejo desea conocer vuestra decision, que esperaré fuera de aquí, para dejaros en libertad; pero estaré junto á la puerta, á la cabeza de cincuenta hombres.

Leclerc saludó gravemente con su espada, y salió.

—Señores,—dijo el primer presidente,—el deber y el honor nos ecsigen que no dejemos nuestros puestos, ni respondamos sino con el silencio del desprecio á esa audaz é insolente violacion de la justicia y de nuestros derechos.

No era esta la opinion de todos, y muchos de los consejeros y hasta algunos

presidentes estaban muy inclinados á un arreglo: varios emitieron el parecer de que convendría someterse, sin perjuicio de protestar despues; pero de Harlay sostenia que toda transaccion seria deshonrosa. La discusion se hubiera prolongado nopoco, si Bussy-Leclerc, que tenia sus motivos para precipitar el desenlace, no hubiera vuelto á entrar unos cuantos minutos despues.

—Y bien:—pregunto,—qué respuesta debo dar al consejo? ¿Cuál es vuestra determinacion?

—Ninguna tenemos que tomar, ni tendríamos otra cosa que hacer, á contar la justicia con el apoyo de la fuerza, que juzgar á los sediciosos que se atreven á penetrar aquí armados y con violencia, contra cuyo acto protestamos.

—Ya lo veremos. Por ahora, el consejo manda que seais llevados á la Bastilla, donde podreis reflexionar con mas detenimiento que aquí.

—Reclamo el honor de ir por delante,—esclamó de Harlay.

—Y todos os seguiremos!—gritaron en coro presidentes y consejeros.

Todos se levantaron en efecto de sus asientos, y salieron por entre una valla de soldados, á la cabeza de los cuales se puso Bussy-Leclerc: sus colegas formaron la retaguardia; y aquel cortejo, de un género enteramente nuevo, entró en la Bastilla, despues de atravesar una parte de la ciudad.

Al mismo tiempo se habian verificado otras prisiones por orden del consejo, de suerte que al llegar el presidente de Thou á la fortaleza con los demas miembros del parlamento, se encontró allí con su muger, á la que se habia arrestado, por haber rehusado decir donde estaba su marido. Los dos consortes se echaron en brazos uno de otro.

—Qué horror!—esclamaron los magistrados:—una muger en la Bastilla!

La señora de Thou era en efecto la primera presa encerrada entre aquellas lúgubres paredes.

—Señores,—contestó con ironía Bussy-Leclerc,—estoy persuadido de que esta señora no se quejará del error, si es que se ha cometido, y que mejor querrá estar aquí con su marido, que sola en su casa.

Eutretanto el consejo de los Diez y seis se habia trasladado á la Bastilla, donde hizo comparecer en su presencia, uno tras otro, á todos los magistrados, y se ofreció á cada uno devolverle la libertad y restablecerlo en su puesto, á condicion de que desconocieran la autoridad de Enrique III, y administraran justicia á nombre del lugar-teniente general del reino. De Harlay y algunos otros desecharon estas proposiciones con indignacion; pero muchos aceptaron, y entre otros el presidente Brisson, á quien se ofreció la primera presidencia, y que salido apénas de la cárcel, protestó en secreto ante notario, contra la violencia que habia sufrido. Reorganizóse así una sombra de parlamento, que comenzó á los dos dias á administrar justicia.

En cuanto á los que habian persistido en su repulsa, permanecieron en la Bastilla. Fueron Aquiles de Harlay, de Thou, Blancmesnil, Potier, Mallevaux, Jourdain, Chartier, Perrot, Spifame, Amelot, Fleury, Scarron, Molé, Le Viry,